

Irak: Diez años de barbarie democratizadora. Dossier

Ramzy Baroud, Richard Falk...



[El X aniversario de la invasión y destrucción de Irak ha permitido constatar el veredicto de una profecía autocumplida: lejos de ser una democracia modelo para todo Oriente Medio, Irak es un escenario posmoderno de violencia y saqueo tribal, en el que la vida es breve, desagradable y violenta, por parafrasear el estado de barbarie pre-civilizatorio descrito por Hobbes. Pero como la historia solo progresa hacia delante, aunque sea para instaurar el capitalismo como barbarie, conviene hacer las cuentas del negocio emprendido por el Trio de las Azores. Y eso es lo que hace en un reciente [artículo](#) el *Financial Times*, con el titular “Los contratistas han exprimido de la guerra de Irak 138.000 millones de dólares”. Según la articulista, Anna Fifield, los diez mayores contratistas civiles han obtenido por sus servicios contratos por valor de 72.000 millones de dólares. La primera de ellas es KBR, subsidiaria de Halliburton, cuyo presidente fue, precisamente, Dick Cheney, que obtuvo contratos por 39.500 millones de dólares. En segundo y tercer lugar están las empresas kuwaitis Agility Logistics y la Kuwait Petroleum Corporation (7.200 y 6.300 millones de dólares respectivamente). Aunque las tropas de EE UU y Gran Bretaña han abandonado oficialmente Irak, han dejado atrás 5.500 agentes de seguridad privada que, junto con 14.000 contratistas, aportan la mano de obra de lo que se llama eufemísticamente, “operaciones de estabilización, reconstrucción y desarrollo”- SP Madrid].

El legado de Cheney en Irak

Ramzy Baroud

Diez años después, Irak sigue sangrando. Grupos vinculados a Al-Qaeda están causando estragos en Irak, con muertes registradas casi a diario como resultado de sus siempre innovadoras tácticas asesinas. Este aumento de la violencia sectaria en todo el país tiene lugar en un marco de empeoramiento de las tensiones entre comunidades, lo que pone de relieve una verdadera crisis nacional que ha estado fermentando durante años.

La lucha entre suníes y chiíes, sin embargo, también refleja una polarización creciente en Oriente Medio, que se ha agudizado en gran medida por la llegada de la llamada primavera árabe.

Sin embargo, lo que falta en muchos análisis políticos relacionados con Irak son las

consecuencias de la guerra dirigida por Estados Unidos contra Irak, cuyo impacto ha devastado la sociedad iraquí como ningún otro evento en la historia reciente de Oriente Medio. Por eso es muy engañoso hablar de los problemas actuales de Irak e ignorar quienes fueron los artífices de esta crisis en primer lugar.

Casi todos los reportajes sobre la violencia en Irak citan otra noticia de otro hecho violento en otra parte del país. Gracias a estos hipervínculos, ahora podemos rastrear la violencia iraquí en el tiempo. "Al menos tres policías fueron asesinados por terroristas suicidas el 21 de febrero en la norteña ciudad iraquí de Mosul", informó Reuters. Associated Press informó el mismo día de un ataque a un "puesto de control del ejército al norte de Bagdad, que mató a cuatro soldados e hirió a otros cuatro". Unos días antes, una devastadora serie de atentados con bombas, "dirigida principalmente contra las zonas chiíes de Bagdad, mató al menos a 21 personas", informó AFP. Se trata de una reacción en cadena sin fin que parece retro-alimentarse.

Pero la mayoría de los reportajes sobre la violencia en Irak parecen obviar que no fue auto-generada y que la actual división entre los partidos políticos sunitas y chiitas no es una manifestación de un proceso político sin escrúpulos, síntoma usual de una democracia en ciernes.

En un artículo en *The Atlantic*, con el título: "¿Por qué nunca vamos a conseguir una crónica completa de la guerra de Irak?", DB Grady argumenta que una de las principales razones de que la decisión de invadir Irak sigue siendo un misterio es que al ex vicepresidente de EE.UU. Dick Cheney "prefiere que siga siendo así". La "hábil manipulación de la política de clasificación de documentos" por parte de Cheney, según Grady, "mantuvo su oficina-bunker sellada a cal y canto los dos términos de la presidencia de Bush".

Si se tienen en cuenta las malévolas intenciones de los Estados Unidos hacia Irak antes de la invasión de marzo de 2003, las admisiones de los propios amigos neoconservadores de Cheney, sus *think tanks*, escritos y entrevistas, la devastación que se presenció durante toda la guerra, y cientos de miles de documentos filtrados de conductas impropias no declaradas en la guerra, es difícil entender el porqué de tanto misterio.

Los objetivos de guerra de EE UU no estaban en modo alguno vinculado a los ataques terroristas del 11 de septiembre, aunque los gurús mediáticos consiguieron utilizar los terribles acontecimientos para persuadir a un público conmocionado y mal informado de que Irak estaba vinculado de alguna manera a los ataques en territorio de EE UU. El entonces alto funcionario de la Administración Bush, Paul Wolfowitz, fue uno de los primeros en abogar por un cambio de régimen en Bagdad inmediatamente después de los ataques. El hecho es que Wolfowitz, uno de los más ardientes neoconservadores pro-israelíes en Washington, había comenzado a desarrollar sus planes de guerra en la década de 1990, insatisfecho de que la primera guerra de Irak no eliminase la supuesta amenaza iraquí por completo. Cheney y Wolfowitz trabajaron en estrecha colaboración para lograr imponer su visión de un nuevo Oriente Medio. Los acontecimientos del 11 de septiembre no fueron la causa de la guerra, sino su catalizador.

La guerra e invasión de Irak por EE UU, hace 10 años, no era más que una continuación de una conquista anterior, que, según muchos halcones de guerra, dejó al Irak de Saddam Hussein gravemente debilitado pero no destruido. Fue el entonces Secretario de Estado de EE UU, James Baker, quien amenazó al Ministro de Relaciones Exteriores iraquí, Tarik Aziz en una reunión en Ginebra en 1991, que los EEUU destruirían Irak y lo "devolverían a la Edad de Piedra". La guerra de EE.UU. que duró desde 1990 hasta 2011, incluyó un bloqueo devastador y terminó con una brutal invasión. Una guerra tan carente de principios como violenta. Aparte de su enorme coste humano, la estrategia política implicaba una horrible utilización de las divisiones sectarias entre comunidades del país, desencadenando guerras civiles y odios sectarios de los que es probable que Irak no se recupere durante muchos años.

Para Estados Unidos, que era simplemente una estrategia dirigida a disminuir la presión ejercida sobre sus propios soldados y los de sus aliados que se enfrentaron a una fuerte resistencia desde el momento que pusieron pie en Irak. Para los iraquíes, sin embargo, fue una

pesadilla paralizante que no puede ser expresada en palabras o números. Según estimaciones de la ONU citadas por la BBC, entre mayo y junio de 2006, "un promedio de más de 100 civiles fueron víctimas mortales de la violencia en Irak". Las estimaciones de la ONU cifran el número de muertos civiles en 2006 en más de 34.000. Fue el año que la estrategia de EE UU de dividir y conquistar tuvo más éxito.

El hecho es que los EE UU y Gran Bretaña destruyeron el Irak moderno y ningún tipo de remordimiento o disculpa – que nunca se ha ofrecido, para empezar – podrá alterarlo. Los antiguos y los nuevos amos coloniales de Irak carecían de fundamento legal o moral para invadir un país devastado por las sanciones. Tampoco tuvieron ningún sentimiento de misericordia, ya que destruyeron una generación entera y sentaron las bases de un futuro conflicto que promete ser tan sangriento como el pasado.

Cuando la última brigada de combate de EE UU abandonó supuestamente Irak en diciembre de 2011, se quiso simbolizar como el fin de una era. Los historiadores saben muy bien que los conflictos no terminan con un decreto presidencial o el despliegue de tropas. Irak simplemente entró en una nueva fase del conflicto y los EE UU, Gran Bretaña y otros siguen siendo parte integral de ese conflicto.

La realidad es que tras la invasión Irak quedó dividido en zonas de influencia separadas por fronteras puramente étnicas y sectarias. En la clasificación de los medios occidentales de quienes habían ganado y quienes perdido, los suníes, a quienes supuestamente habría favorecido Sadam, acabaron siendo los grandes perdedores. Mientras que chiítas y kurdos se constituyeron en las nuevas elites políticas de Irak (cada parte, con su propio ejército privado, unos en Bagdad y los otros en la región autónoma del Kurdistán), diversos grupos militantes sunitas hicieron responsable a la población chiíta de la difícil situación de su propia comunidad.

La violencia sectaria en Irak, que es responsable de la muerte de decenas de miles de personas, está resurgiendo. Los sunitas iraquíes, incluyendo las tribus y partidos políticos más importantes, exigen igualdad y el fin de su privación de derechos en el relativamente nuevo y sesgada sistema político iraquí del primer ministro Nuri al-Maliki. Las protestas y huelgas masivas en curso se han organizado con un mensaje político unificado y claro. Sin embargo, muchos otros actores políticos están aprovechando la polarización de todas las maneras imaginables.

El futuro de Irak está siendo determinado por distintas fuerzas y casi ninguna de ellas está compuesto de nacionales iraquíes con una visión unificadora. Atrapados entre un amargo sectarismo, extremismos, elites hambrientas de poder y riqueza, potencias regionales, intereses occidentales y un legado muy violenta de guerra, el pueblo iraquí está sufriendo más allá de la capacidad de cualquier análisis políticos o estadística para describir su angustia. La que fue una nación orgullosa, con un impresionante potencial económico y humano, ha sido hecha trizas.

En un artículo en el diario *Baltimore Sun*, el 21 de febrero, Ralph Masi, profesor de la Universidad de Maryland, describió un encuentro con un arquitecto clave de la guerra de Irak, Richard Perle, que fue secretario adjunto de defensa y presidente de la Junta de Política de Defensa. Perle - ex asesor del primer ministro israelí, Binyamin Netanyahu - se enfrentó a Masi durante una charla en la Conferencia Anual de Estrategia del Colegio de Guerra del Ejército el día que las fuerzas de EE UU derribaron la estatua de Saddam el 9 de abril. "Le pregunté, '¿Y ahora qué?'" escribe Masi. Perle respondió: "Irán o Siria – lo que prefiera".

El partido de la guerra estadounidense, dirigido por luminarias tan infames como Cheney, Wolfowitz, Perle y otros, quizás no se haya dado cuenta de que su visión de un nuevo Oriente Medio no se ha plasmado como esperaban. Sin embargo, considerando la sádica guerra en Siria, ha terminado por imponerse una variante de esa visión. En realidad, poco importa qué secretos y misterios contuviese la oficina-bunker de Cheney: los resultados de su legado están ahí a la vista de todo el mundo.

Ramzy Baroud es un reconocido periodista palestino-americano, profesor de la Universidad Tecnológica de Curtin, Australia. Su último libro es *My Father Was a Freedom Fighter: Gaza's Untold Story* (Pluto Press, Londres, 2010) y colaborador de Al-Ahram Weekly.

Traducción para www.sinpermiso.info: Enrique García

<http://weekly.ahram.org.eg/Print/1872.aspx>

Lecciones de la guerra de Irak

Richard Falk

Después de una década de combates, bajas, desplazamientos masivos, violencia persistente, aumento de la tensión sectaria y de la violencia entre chiíes y suníes, atentados suicidas periódicos y gobierno autocrático, parece inevitable hacer una evaluación negativa de la Guerra de Irak como una acción estratégica de EE.UU., el Reino Unido y unos pocos de sus aliados secundarios, incluido Japón.

No solo el resultado de desestabilización regional -incluyendo un aumento maligno de la influencia diplomática de Irán- sino el coste para su reputación en Medio Oriente asociado a una intervención imprudente, destructiva y fracasada hacen que la Guerra de Irak sea el peor desastre de la política exterior de EE.UU. desde su derrota en Vietnam en los años setenta.

Una contabilidad geopolítica semejante ni siquiera considera el daño ocasionado a las Naciones Unidas y al derecho internacional debido al uso de fuerza agresivo en flagrante violación de la Carta de la ONU, iniciado sin ninguna autorización legitimadora del Consejo de Seguridad.

La ONU dañó su imagen cuando no reforzó su negativa a autorizar a EE.UU. y su coalición, a pesar de gran presión de EE.UU. para lanzar el ataque. Esta falla posterior al ataque se complicó debido a que la ONU dio su apoyo a la ocupación ilegal dirigida por EE.UU. que tuvo lugar posteriormente.

En otras palabras, la Guerra de Irak no fue solo un desastre desde la perspectiva de la política exterior estadounidense y británica y la paz y estabilidad en la región de Medio Oriente, sino también un serio revés al derecho internacional, la ONU y el orden mundial.

Después de la Guerra de Vietnam, EE.UU. supuestamente se agobió por lo que los políticos llegaron a llamar "el Síndrome de Vietnam". Fue un epítome en Washington de las inhibiciones psicológicas para involucrarse en intervenciones militares en el mundo no occidental debido a las actitudes negativas hacia semejantes empresas imperiales que supuestamente existían en el público y el gobierno estadounidense, especialmente entre los militares, a los que se culpaba ampliamente por el resultado en Vietnam.

“El Síndrome de Vietnam”

Muchos militaristas estadounidenses de la época se quejaron de que el Síndrome de Vietnam fue el resultado combinado de una conspiración contra la guerra organizada por los medios liberales y una reacción a una conscripción impopular que requería que muchos estadounidenses de clase media combatieran en una guerra que carecía de apoyo popular o de una justificación estratégica o legal convincente.

Los féretros cubiertos por banderas de jóvenes estadounidenses muertos eran mostrados en la televisión, lo que llevó a reputados belicistas a sostener de un modo algo ridículo que "la guerra fue perdida en las salas de estar estadounidenses". El gobierno hizo ajustes: se abolió la conscripción, desde entonces se confió en fuerzas armadas profesionales voluntarios, y se hicieron más esfuerzos por conseguir apoyo en los medios para ulteriores operaciones militares.

El Presidente George H.W. Bush dijo al mundo en 1991 inmediatamente después que se libró la Guerra del Golfo para revertir la anexión iraquí de Kuwait que "finalmente nos hemos librado del Síndrome de Vietnam". En efecto, Bush padre estaba diciendo a los grandes estrategas en la Casa Blanca y el Pentágono que el rol del poder militar estadounidense volvía a estar disponible para su uso en todo el mundo.

Lo que mostró la Guerra del Golfo fue que en un campo de batalla convencional, en ese escenario de una guerra en el desierto, la superioridad militar de EE.UU. sería decisiva, y que podría lograr una victoria rápida con mínimos costes en vidas estadounidenses. El nuevo entusiasmo militarista creó la base política para el recurso a la Guerra de la OTAN en 1999 para arrebatar Kosovo del control serbio.

Para asegurar la limitación de bajas, se confió en el poder aéreo, que tardó más tiempo de lo esperado, pero que vindicó aún más la afirmación de los planificadores de la guerra de que EE.UU. ahora podría librar y ganar "guerras con cero bajas". De hecho, no hubo muertes de la OTAN en combate en la Guerra de Kosovo.

Planificadores de guerras estadounidenses más sofisticados comprendieron que no todos los desafíos a los intereses de EE.UU. en todo el mundo podían ser enfrentados con el poder aéreo en la ausencia de combate en tierra. La violencia política que involucraba prioridades geopolíticas tomó crecientemente la forma de violencia transnacional (como en los ataques del 11-S) o se situó dentro de las fronteras de Estados territoriales, e involucró la intervención militar occidental destinada a aplastar fuerzas sociales de resistencia nacional.

La presidencia de Bush confundió gravemente esta nueva seguridad propia sobre la conducta de la guerra internacional en el campo de batalla y su antigua némesis de los días de guerra de contrainsurgencia de la Guerra de Vietnam, también conocida como guerra de baja intensidad o asimétrica.

David Petraeus ascendió en las filas de los militares estadounidenses reformulando la guerra de contrainsurgencia en un formato post Vietnam basándose en un enfoque desarrollado por el destacado experto en la guerra de guerrilla, David Galula. Galula afirmaba que en la Guerra de Vietnam el error fatal estuvo compuesto de la suposición de que una tal guerra sería determinada en un 80% por batallas en las selvas y arrozales y el 20% restante sería dedicado a la captura de los "corazones y mentes" de la población indígena.

Galula argumentó que las guerras de contrainsurgencia solo podían ser ganadas si esta fórmula se invertía. Eso significaba que un 80% de las futuras intervenciones militares de EE.UU. sería dedicado a aspectos no militares de bienestar social: restaurar la electricidad, suministrar protección policial para la actividad normal, construir escuelas y dotarlas de personal, mejorar el saneamiento y el servicio de basura, y suministrar atención sanitaria y empleos.

Afganistán, y luego Irak, se convirtieron en los terrenos de ensayo para aplicar esas lecciones de 'construcción de la nación' de Vietnam, solo para revelar a través de sus prolongados, destructivos y costosos fracasos que se habían aprendido las lecciones equivocadas.

Estos conflictos eran guerras de resistencia nacional, una continuación de las luchas anticoloniales contra la dominación colonial centrada en Occidente. Sin que importara si la matanza era complementada por programas sociales y económicos sofisticados, todavía involucraban un desafío pronunciado y letal por intereses extranjeros a los derechos de autodeterminación que incluía la muerte de mujeres y niños iraquíes, y la violación de sus derechos más básicos mediante la mecánica, inevitablemente dura, de la ocupación extranjera.

También resultó imposible separar el 80% planificado del 20% ya que la hostilidad del pueblo iraquí contra sus supuestos liberadores estadounidenses se demostraba una y otra vez, especialmente ya que muchos iraquíes que colaboraron con los ocupantes resultaron ser corruptos y brutales, provocando la sospecha popular e intensificando la polarización interior.

El "error fatal" cometido por Petraeus, Galula y todos los propugnadores de la

contrainsurgencia que han seguido ese camino, es que no han reconocido que la resistencia popular se moviliza, cuando los militares estadounidenses y sus aliados atacan y ocupan un país no occidental -especialmente en el mundo islámico- y comienzan a dividir, matar y controlar a sus habitantes.

Es precisamente lo que ocurrió en Irak, y los atentados suicidas hasta la fecha sugieren que los terribles modelos de violencia no se han detenido ni siquiera con el fin del papel directo de EE.UU. en los combates. EE.UU. fue culpable de una mala interpretación fundamental de la Guerra de Irak evidenciada ante el mundo, cuando George W. Bush declaró teatral y prematuramente el 1º de mayo de 2003 la victoria desde la cubierta del portaaviones estadounidense USS Abraham Lincoln, con el tristemente célebre letrero que proclamaba "misión cumplida" claramente visible detrás del podio mientras el sol se ponía sobre el Océano Pacífico.

Bush celebró ese malentendido al suponer que la fase de ataque había sido toda la guerra, olvidando la más difícil y prolongada fase de la ocupación. La verdadera Guerra de Irak, en lugar de terminar, estaba a punto de comenzar, es decir, la violenta lucha interna por el futuro político del país, dificultada y prolongada por la presencia militar de EE.UU. y sus aliados.

Esta secuela de contrainsurgencia de la ocupación no sería decidida en el tipo de campo de batalla en el cual se enfrentan contingentes militares ordenados, sino más bien a través de una guerra de desgaste librada por fuerzas interiores iraquíes que atacaban de sorpresa, apoyadas por voluntarios extranjeros, opuestas a las tácticas de Washington. Una guerra semejante tiene un comienzo tenebroso y un fin incierto, y es, como en Irak, como resultó ser antes en Vietnam, un cenagal para las potencias intervencionistas.

Crimen contra la paz

Hay cada vez más razones para creer que el actual dirigente iraquí, Maliki, se parece más al estilo autoritario de Sadam Hussein que el supuesto régimen liberal constitucional que EE.UU. pretendía establecer antes de partir, y que el país se orienta hacia una continua lucha, posiblemente incluso una desastrosa guerra civil.

La guerra de Irak fue una guerra de agresión desde el comienzo, ya que fue un uso no provocado de fuerza armada contra un Estado soberano en una situación que no era de autodefensa. Los Tribunales de Crímenes de Guerra de Núremberg y Tokio realizados después de la Segunda Guerra Mundial declararon que una semejante guerra de agresión constituye un "crimen contra la paz", y procesó y castigó como criminales de guerra a los dirigentes políticos y militares supervivientes de Alemania y Japón.

Podemos preguntar por qué George W Bush y Tony Blair no han sido investigados, acusados y procesados por su participación en la planificación y realización de la Guerra de Irak. Como nos instruyó hace tiempo el cantante de folk Bob Dylan, la respuesta está "Flotando en el viento", o en lenguaje más directo, los motivos por semejante impunidad otorgada a los dirigentes estadounidenses y británicos es un obscuro despliegue de geopolítica - sus países no fueron derrotados y ocupados, sus gobiernos nunca se rindieron, y semejantes fallas (o éxitos) estratégicos están exentos del escrutinio legal.

Estos son los dobles raseros que hacen que la justicia penal internacional tenga más que ver con la política del poder que con la justicia global.

También existe la cuestión de la complicidad de países que apoyaron la guerra con despliegues de tropas, como ser Japón, que envió a 1.000 miembros de sus unidades de autodefensa a Irak en julio de 2003, para ayudar en actividades de no combate de la ocupación. Una acción semejante constituye una violación evidente del derecho y la moralidad internacional.

También es inconsecuente con el Artículo 9 de la Constitución japonesa. Fue combinado con el apoyo diplomático de Tokio del principio hasta el final para la Guerra de Irak dirigida por EE.UU. y el Reino Unido. ¿No debiera tener alguna consecuencia adversa un historial

semejante de participación?

Parecería que por lo menos Japón debería revisar la idoneidad de su participación cómplice en una guerra de agresión, y en qué medida eso disminuye la credibilidad de cualquier pretensión japonesa de respaldar las responsabilidades de la calidad de miembro en la ONU. Por lo menos, provee al pueblo de Japón la oportunidad de introspección nacional para pensar en qué tipo de orden mundial logrará mejor paz, estabilidad y dignidad humana.

¿Hay lecciones que aprender de la Guerra de Irak? Creo que existen. La lección abrumadora es que en este período histórico intervenciones de Occidente en el no Occidente, especialmente cuando no son autorizadas por el Consejo de Seguridad de la ONU, pocas veces pueden tener éxito en el logro de los objetivos declarados.

De un modo más amplio, la guerra de contrainsurgencia que involucre un enfrentamiento fundamental entre fuerzas invasoras y ocupantes occidentales y un movimiento nacional de resistencia no será decidida sobre la base de pura superioridad militar. Sino más bien por la dinámica de la autodeterminación asociada con la parte que tenga las credenciales nacionalistas más verosímiles, que incluyen la voluntad de persistir en la lucha por mucho que dure, y la capacidad de capturar la razón moral más elevada en la continua lucha por el apoyo público interior e internacional.

Solo podremos tener alguna esperanza de que se estén aprendiendo las lecciones correctas de la Guerra de Irak cuando presenciemos el desmantelamiento de muchas de las más de 700 bases militares en el extranjero repartidas por el mundo reconocidas por EE.UU., y veamos el fin de las repetidas intervenciones militares de EE.UU. en todo el mundo.

Hasta entonces, habrá más intentos del gobierno de EE.UU. de corregir los errores tácticos que afirma que explican los fracasos del pasado en Irak (y Afganistán), e indudablemente se propondrán nuevas intervenciones en los próximos años, llevando probablemente a costosos nuevos fracasos, y a nuevas controversias sobre "¿por qué?" combatimos y por qué perdimos.

Es poco probable que los dirigentes de EE.UU. reconozcan que el error más básico es el propio militarismo, por lo menos hasta que sea cuestionado por fuertes fuerzas políticas antimilitaristas que actualmente no existen en la escena política.

Richard Falk es Profesor Emérito de Derecho Internacional en la Universidad de Princeton y Distinguido Profesor Visitante de Estudios Globales e Internacionales en la Universidad de California, Santa Bárbara. Es autor y editor de numerosas publicaciones a lo largo de cinco décadas, y recientemente editor de "El Derecho Internacional y el Tercer Mundo: reformulando la Justicia" (Routledge, 2008).

Traducido para www.rebellion.org: Germán Leyens

<http://www.aljazeera.com/indepth/opinion/2013/03/2013361029140182.html>